

El personaje: Félix Carpio

Elite, 1954-12-18.

Ahora, en noviembre, ha cumplido don Félix Carpio 75 años de haber nacido en Santa Lucía, Estado Miranda. Ha festejado el día como quien celebra el centenario de su abuelo. Porque está mozo, despierto como un muchacho, en su despacho de los muebles "Fénix" C.A. una industria de su creación que colma por sus resultados económicos y por su éxito industrial la ambición del hombre que ha dedicado toda su vida al trabajo.

A don Félix cuando le bautizaron, le pusieron un nombre largo: Félix Edmundo. Pero en cuanto tuvo uso de razón lo fue *recortando* como dice él. Primero comenzó a abreviarlo, y ponía *Edmdo*. Más *adelantico* lo dejó en *E*. Y al fin, cuando los negocios iban creciendo, se dijo que eliminando esa vocal podía ganar hasta un 10 por ciento del tiempo en la firma, y *le mochó la E*. Y quedó un nombre corto: "¡chast!, Félix".

Cuando los esposos Carpio (Miguel Gerónimo) – Mena (Altagracia) tuvieron a Félix Edmundo el año 1879 en Santa Lucía vivían a dos cuadras de la plaza, cerca de la acequia de la estación, donde atendían un negocito de víveres y manejaban un hotelito o posada donde paraban los visitantes. Don Miguel Gerónimo era hombre de principios dedicado a su familia y a la colectividad. Fue presidente del Concejo Municipal, perteneció a la junta comunal. De él le queda a don Félix Carpio (FC) el recuerdo de un hombre jovial y bueno, servicial con los vecinos, preocupado por su familia. De su mamá, todo lo tierno de sus afanes para quererles y atender en la mesa a su esposo y 12 hijos, y las veces que le ataba "barriga con barriga" con su hermanito menor cuando hacían una trastada.

La escuela primaria de FC tiene también resabios de palmeta y estirones de oreja. Los manejaba "como mandinga" el *viejo barbudo* de don Leonardo Espinosa. Después de 65 años de eso, aún tiene el don que acompaña al maestro de entonces cierta flexión temerosa. Era en la esquina de don Pancho González, a dos cuadras de la tienda de víveres de su padre. Como allá no había segundo grado, lo pasaron después a la escuelita de don Pablo Hernández, un médico que tenía que ganarse la vida enseñando porque apenas había enfermos en el pueblo. Ya no recuerda si por mala voluntad de los fiscales de instrucción o porque eran un problema, a FC y cuatro más les botaron de la escuela cuando alcanzaron el 6º grado. Y FC dice con modestia que no llegó al bachillerato.

El aprendizaje de la vida a lo vivo comenzó para él en una tiendita de telas y quincalla de *un señor* Samuel Bitton, francés-argelino, un Samuel *por todo el cañón*, gran cocinero, que guisaba sus negocios sólo, sin saber leer ni escribir su nombre, pero con más números en la cabeza que Einstein. Samuel se fió de FC mozo (12 años) y le hizo su contador. El muchachito llevaba la cuenta de los vencimientos de las letras que venían a cobrar de Caracas y *algún que otro fiao* de hasta 10 y 15 pesos *de a ocho reales* que daba Samuel en el pueblo. FC debe al judío la ilusión de su primer viaje a Caracas. Lo trajo de compras a lomo de bestia, de pantalón corto y medias largas. Le queda de aquella

maravillosa ilusión infantil unos caballitos con música de pianito y los regalos que le hacían en las tiendas donde iba a comprar Samuel acompañado del cuaderno de cuentas de FC.

A los catorce años lo reclamó su padre. Necesitaba del muchacho en su propio negocio. Aunque no era el mayor, le correspondía el papel, porque su hermano más viejo era un tullido y otra hermana mayor que tenía pues... era mujer. Así que cuando faltó el padre, en 1899, FC, veinteañero con la *cabeza mandinga*, sintió toda la responsabilidad familiar sobre sus hombros y le hizo frente como lo hacen los hombres cuando son enteros. Eran los tiempos de *la guerra libertadora*, o de Matos, de incursiones y de saqueos, en que no había frentes y había sí que estar dispuesto a recibir visitas de uno y otro bando, que todos comían, para abastecerse.

La familia Carpio se mudó a un lugar que llaman Mopia, un caserío que está en el camino de Urapal, a unos 15 kilómetros de Santa Lucía, y plantó su negocito allá, un lugar más discreto para eludir las visitas de los combatientes. Cuando terminó la campaña regresó a Santa Lucía. Pero ya los negocios no andaban bien. La vida quieta del pueblo dejaba mucho tiempo a FC para leer. El joven presentía horizontes nuevos para sus fuerzas calladas, le giraban los caballitos de Caracas en la cabeza y aprovechó la menor oportunidad que le ofreció don Enrique Arvelo para ponerse a trabajar en un negocio de la capital. Los 27 años de FC se plegaron como resortes para ese impulso de campesino que acepta el reto de enfrentarse a la ciudad.

* * *

Comenzó a trabajar en la firma de Arvelo & Phelps cuando se inició la casa que después se bifurcó en dos: El Bazar Americano de Enrique Arvelo, y el Almacén Americano, del "viejo" Phelps, como FC llama cariñosamente al señor William H. Phelps.

FC trabajaba con ese entusiasmo sordo de los humildes que se saben con ambiciones y fuerza para triunfar. Vivía en el alto de la misma oficina del señor Arvelo, de Traposos a Colón. Aquella de don Félix era una Caracas *sabrosa*, de menos de 100.000 habitantes, sin problemas de chocar con nadie, de reuniones musicales en casa del maestro Carlos Montero y ensayos en casa de Fulgencio Mambié *gozando un millón*. Y esta es una etapa significativa en la vida de FC en la que conviene hacer un altico y recordar.

Aunque sólo un campesino, don Miguel Gerónimo enseñó a su hijo a gustar de la buena música. En el pueblo había entonces una banda *muy buena* dirigida por el maestro Carrión, y su padre le había regalado un violín. Cuando llegó a Caracas fue a estudiar con el maestro Montero en sus horas libres, se convirtió en uno de sus alumnos preferidos y hasta un día emocionante le invitó a formar parte de la orquesta sin sueldo que iba a tocar en el Municipal durante una temporada de ópera italiana *muy buena*. Esto suponía un honor tan grande que se emocionó. Hoy no toca ningún joven de balde ni que sea el bombo, pero aquellos jóvenes del tiempo de FC no son los jóvenes de hoy. Las tardes las dedicaban enteritas a dar conciertos en la casa del maestro, en la esquina de Tracabordo. El conjunto estaba formado por los hijos del maestro: Berta, al piano; Leopoldo con el contrabajo; Gabriel que tocaba el violín, el *viejo* tocaba el violoncelo y

ellos, unos siete más, aportaban la flauta, tres violines y algún instrumento más. Ya estaba FC en 5ª o 6ª posición cuando se dió cuenta que la música le comía mucho tiempo y que estaba descuidando un poco el enorme trabajo que se estaba acumulando en Arvelo & Phelps, que iba creciendo *como la espuma*. Hizo el mismo cálculo de tiempo que le llevó a mochar la E de su firma, y dejó la música. Y se dedicó al comercio, su vocación de hombre de empresa.

Un comercio entonces no era como pueden imaginarse que era los que sólo conocen los negocios de hoy. La simiente aquella que ayudó a sembrar FC para llegar a las grandes empresas en que se ha derivado hoy era apenas un negocito donde este campesino-comerciante-violinista actuaba como *manager*, como dice él, despachando en la tienda, llevando el correo, haciendo mandados, ocupándose de redactar los anuncios que publicaban "El Constitucional" y "El Universal" (¡desde entonces cobra anuncios!) a un bolívar el aviso económico, en los tiempos en que los periódicos dejaban espacios en blanco con el aviso: "Disponible". Los domingos iba a Misa, volvía a la oficina, almorzaba, y otra vez a trabajar. ¡Y aún dice don Félix que aquellos tiempos eran *sabrosos!*

* * *

Después que a FC le *ensayaron* en Caracas pusieron a prueba sus condiciones de comerciante con un viaje a Oriente. Embarcó en La Guaira en la goleta "Soledad", que iba (hubo grandes despedidas) hasta Higuerote. Lo metieron con grandes recomendaciones, con sus cajones de muestras y *un poco* de mercancía: gramófonos y hasta una pianola. Cuando acomodó sus corotos en la bodega ya estaba mareado. Se acostó sobre ellos y al cabo de un tiempo quiso salir a cubierta creyendo que ya estaban llegando. "Soledad" estaba aún amarrada al muelle. Después estuvo dos días y medio en el mar por una calma de vientos, que los pasó como pudo, agarrado a su pianola en la bodega. Por fin hizo las plazas de Río Chico y San José y reembarcó en el falucho "Tres puños", aún más chico y más travieso que la goleta, que le condujo desde Miguerote hasta Guanta a remo, porque el viento volvió a tumbarse a la Bartola y no quería soplar. Don Félix tuvo que pagar extra a los remeros para adelantar viaje (Y aún FC insiste en aquello de que los tiempos eran sabrosos).

En Guanta, camino de Barcelona (porque Barcelona era aún éso y Guanta no era Guanta todavía) entregó los papeles al general Fortique (de lo poco *generalmente* que aún quedaba) de la Aduana y se fue a desayunar. Pero lo mandó a llamar con urgencia:

– ¡Usted está preso, por contrabandista!

Le acusó de traer mercancía extranjera como muestras, para venderla;

– ¿Usted cree que puede andar costeando con pianolas y gramófonos como si fuesen manos de cambures?

Pero ya funcionaba para entonces el telégrafo, y Caracas mandó una recomendación ministerial que hizo soltar prenda al general después de tenerlo tres días preso. Los pasó leyendo dentro de mosquiteros y preparando aquellos grandes telegramas angustiados a Caracas. Por fin cargó con sus bultos y se embarcó con destino al único lugar que le era permitido tocar, según dispuso la Aduana: Ciudad Bolívar.

Embarcó a bordo del "Guayana", un falucho remendado por fuera con cemento. pero en la capital guayanesa tuvo éxito. Vendió pianola y todo y ganó más de lo que esperaban en Caracas. Supieron reconocer sus méritos y resolvieron regalarle un tanto por ciento de los beneficios por su *buena administración*. Ya el muchacho de Santa Lucía había triunfado. Y como prueba, lo mandaron al frente de la sucursal de Maracaibo, puesta a su mismo nombre: "Félix Carpio & Cía., agencia de E. Arvelo & Phelps".

Cuando al año vino la ramificación de Arvelo, y Phelps en los dos negocios que conocemos hoy, FC decidió quedarse con el "viejo" Phelps, a quien ayudó a fundar el almacén Americano. Al poco tiempo estaba en un viaje de ventas en Cumaná cuando recibió un telegrama con el nombramiento de vicepresidente, puesto que ha tenido en la empresa hasta que se retiró el 43.

- Estos reconocimientos a mi aporte y esas sorpresas con que me estimularon siempre han sido los motores de mi devoción y lealtad por ellos.

Hoy en la cima de sus ambiciones industriales, FC tiene un recuerdo emocionado para el señor Phelps: "realmente orgulloso de haber trabajado con él y *los muchachos*". Los muchachos son los hijos del "viejo" Phelps, a quienes quiere *como si fueses míos*. También recuerda y quiere a muchos hombres de hoy que comenzaron siendo sus empleados haciendo mandados, como Luis Villegas Febres, hoy dueño de "Tractores y Maquinarias"; Miguel Aular, presidente del "Automóvil Universal"; de Maracaibo: Roberto Pérez, lo mismo de la casa en Maracay; García Delepiani, gerente de la empresa en Valencia; Alberto Oyarzábal, Edgar Anzola, Nino Mosquera, Ricardo Espina y otros muchos que él me fue citando, pero que no pude recoger, todos hombres prominentes del mundo de los negocios.